

# Jorge Enrique Molina M. y la universidad

Fernando Sánchez Torres

*Miembro del Consejo Superior de la Universidad Central*

Se me ha solicitado que escriba algunas líneas acerca del ideario universitario de Jorge Enrique Molina Mariño, encargo que cumplo gustoso, no sin antes dejar testimonio de la gran amistad que durante ocho lustros nos unió.

## Remembranzas de juventud

Conocí a Jorge Enrique cuando él y yo vivíamos la edad moza, vale decir, cuando las neuronas cerebrales y el corazón tejían juntos la red para cazar la realidad de los sueños. Nuestra patria atravesaba entonces, como ahora, momentos de incertidumbre, de grandes dificultades, por circunstancias distintas a las de hoy. Había violencia, es cierto, pero se trataba de una explosión de intemperancia ideológica, de descontento enraizado en injusticias sociales y políticas. Claro que este último ingrediente aún pervive, pero a él se han sumado otros, para hacer la situación más compleja e insoluble.

Como juez rural él, y yo como médico rural, a lo largo de incontables noches, calurosas e insomnes, traíamos a la conversación el tema que nos abismaba: la situación del país. Comulgábamos ideológicamente; por eso nos identificábamos en las fórmulas de solución que considerábamos viables y convenientes. Para nosotros la salida al conflicto era el establecimiento de un gobierno liberal, de raigambre popular, con profunda convicción justiciera en el campo social. Como ejercíamos en una zona de combates, de "orden público" en la jerga castrense, es decir, de "alto riesgo" en el argot médico, nos tocó vivir de cerca la cruda realidad de la violencia. Cuando practicábamos el levantamiento de cadáveres -que no era diligencia muy usual, por intereses obvios- de campesinos de cualquier edad y sexo, o de jóvenes soldados y policías de cualquier graduación, no veíamos en ellos a liberales o conservadores, sino a compatriotas nuestros sacrificados por la pasión política llevada a los límites de la demencia. Nos dolían sus muertes con dolor de patria. Estábamos convencidos de que la utilización de la fuerza como mecanismo para dirimir deferencias ideológicas, no era el más adecua-

do. Concluíamos entonces que el entendimiento era indispensable y para ello era asimismo recomendable dialogar, ventilar libremente y dentro del mayor respeto las causas del conflicto, en busca de una salida pacífica. Atemperar los espíritus, desarmar los brazos para luego conversar, era la fórmula que a nuestro juicio podría dar resultado. Después vendría la gran tarea de ahuyentar las injusticias sociales, concebida como un imperativo insoslayable. Tal estrategia fue la que pusieron en práctica quienes forjaron el Frente Nacional, cuyos resultados positivos fueron languideciendo pronto, por olvido, precisamente, de la gran tarea y por causa del advenimiento de nuevos ingredientes, imposibles de prever entonces.

Cuando Jorge Enrique y yo aceptábamos que el diálogo enmarcado dentro de la libertad y el respeto mutuo era una necesidad para devolverle la paz a Colombia y luego tomar el rumbo del progreso, pensábamos con criterio inteligente, universitario. Sabíamos los dos que la universidad es el escenario más apropiado para agitar ideas, para decantarlas y para que sirvan luego de savia a la inteligencia. Si la suerte de las instituciones depende de los hombres que han de manejarlas, y si las instituciones constituyen la estructura de un país, es fácil deducir que la suerte de éste, depende de la calidad moral e intelectual de quienes las manejen. Por eso nosotros veíamos que el futuro de Colombia dependía de la sustancia de su universidad, que viene a ser la fragua de los dirigentes. Basado en esta reflexión, alguna vez manifestaba yo que avasallar a la universidad, era descerebrar a la nación. Jorge Enrique compartía esta idea. Con el paso del tiempo, los dos, cada cual por su lado, trabajamos para que la universidad no fuera mermada y pudiera cumplir su misión.

## La generación del Nuevo Signo

La generación a la que pertenecíamos profesionalmente Jorge Enrique y yo, se conoció, recién asomada al escenario nacional, como la «del Nuevo Signo». Se llamó así por el nombre de un periódico

que fundamos algunos profesionales, egresados casi todos de la Universidad Nacional, y que tenía como objeto combatir inteligentemente los desvíos y excesos del gobierno militar encabezado por el general Gustavo Rojas Pinilla. Éramos un puñado de demócratas ilusos. El periódico, que había tenido buen recibo por parte de la opinión pública, pronto fue clausurado por instrucciones del entonces ministro de Gobierno, Lucio Pabón Núñez. El significado de la razón social «Nuevo Signo», no era otro que ofrecer al país el concurso de una juventud dispuesta a contribuir al cambio por conducto de la inteligencia, desde uno de los sitios donde ella se maneja adecuadamente, es decir, desde la universidad. Cuando nos quedamos sin medio de expresión, pasamos a la condición de conspiradores clandestinos. Nadie que conozca bien lo ocurrido en aquella época, podrá negar que fue la universidad el epicentro desde donde se imprimió fuerza al movimiento cívico, pacífico, que dio al traste con la dictadura militar.

#### Los convulsionados años sesenta

El decenio de los sesenta, permitió a la juventud universitaria del mundo constituirse en noticia de primera plana. La protesta estudiantil en sus múltiples manifestaciones, fue el signo de la época. Se protestaba contra la guerra y la injusticia social, y se preconizaban el amor y la libertad. Las barricadas en las calles circunvecinas a La Sorbona o a Berkeley, se matizaban con música de los Beatles, haciendo el amor y fumando marihuana. En América Latina, el advenimiento de Fidel y su mensaje de lucha anti-imperialista, fueron acicate para el descontento estudiantil. En Colombia, la universidad pública se vio abocada a parálisis prolongadas y al desprestigio frente a la opinión. La Universidad Nacional y la Universidad Industrial de Santander, se encargaron de suministrar combatientes a la naciente guerrilla izquierdista. En tanto, por razones explicables, la universidad privada llenaba los espacios que dejaba la pública.

Yo viví de cerca ese proceso, como profesor y como miembro del Consejo Superior de la Universidad Nacional. Llegué a la conclusión de que la violencia originada en el seno de la universidad, no conducía a

ningún cambio social, pero sí a la inmolación de la institución. Razón tenía el maestro Gerardo Molina cuando afirmaba que el papel de la universidad no era hacer la revolución sino formar sus líderes. En efecto, quienes usaron en Colombia la universidad pública como arma arrojadiza, impidieron que ella cumpliera adecuadamente su función formativa. Y pensar que todavía hay quienes persisten en hacerla invivible.

#### La misión de la universidad

Una universidad sólo puede llegar a ser grande y respetable, a cumplir con plenitud su cometido, cuando todos sus estamentos -administrativos, docentes y estudiantiles- están identificados en la misión que está obligada a desarrollar. Sin duda, la misión de una universidad es, en primera instancia, ponerse al servicio de la sociedad que la rodea. Ese servicio puede estar representado de distintas maneras: generando nuevas ideas, formando profesionales capaces, colaborando directamente en la solución de los problemas. Dado que la universidad está inmersa en la sociedad -aún más, es su núcleo-, puede deducirse que entre las dos debe existir una comprensible inter-relación.

Dentro de una concepción inteligente y progresista, ninguna de las dos puede ser independiente. La suerte de ambas está entrecruzada. La demostración de ello es que las sociedades que no han superado el subdesarrollo no cuentan con universidades fuertes. Y lo contrario: las universidades más respetables funcionan dentro de las sociedades más adelantadas.

La universidad, por su importante misión, es una institución de difícil manejo, rica en posibilidades pero limitada en sus acciones, muchas veces por incompreensión de la misma sociedad. Es curioso, la sociedad -por lo menos en nuestro medio- le reclama a la universidad que se interese por ella, que responda ante ella, pero, eso sí, que mantenga su independencia respecto a ella. Esta situación de rechazo, es la que ha llevado a que muchas veces la universidad se encierre -como alguien gráficamente expresara- en su torre de marfil y tienda puente levadizo sobre el foso que la separa de la sociedad.

**"Sin duda,  
la misión de  
una  
universidad  
es, en primera  
instancia,  
ponerse al  
servicio de la  
sociedad que  
la rodea".**

### Molina, el educador

Dentro de ese panorama socio-político y universitario, comenzó a abrirse paso profesional Jorge Enrique Molina. El pudo ser un buen jurista litigante, es decir, un brillante abogado en ejercicio, un excelente y próspero abogado. El hecho de haberse formado en el Externado de Colombia, era ya un buen telón de fondo, lo que llaman los anglosajones, «a good background». Además, tenía el bagaje intelectual suficiente para que se le pronosticara una exitosa carrera profesional. No obstante, quiso entregarse a otra causa, inteligente también, pero de mayor nobleza y trascendencia, en términos de servicio al país: educar a los futuros dirigentes nacionales. La suerte, su Destino, quiso que se topara con un grupo de compatriotas que al unísono, soñaban con la universidad, sobresaliendo entre ellos Rubén Amaya Reyes y Alberto Gómez Moreno.

Como él mismo lo señalaba al recordar los orígenes de la institución que sería su gran obra, la Universidad Central nació en circunstancias en que eran posibles todas las aventuras, todos los éxitos y, también, todos los fracasos. «Entre-ese ir y venir de ilusiones -decía poéticamente-, de flores que resucitaban de entre los bellos y necesarios muertos, como una utopía más en la década de las grandes utopías, nos propusimos levantar la única trinchera que jamás debiera dejar de levantar el hombre: la del saber pedagógico, la del camino que enseña, la de la huella que siembra porque no mata. Escogimos la utopía verdadera. No nos podíamos equivocar ante la vida que tanto nos había enseñado la muerte. El arte y la ciencia los aunamos para vencer el dolor de una civilización pródiga pero caótica. Por eso fundamos este foro libertario que llamamos Universidad Central».

### ¿Por qué Universidad Central?

No fue una coincidencia que el nombre escogido para la casa de estudios superiores fundada por ese selecto grupo de intelectuales de buen sentido pragmático, centro de cultura que regentara durante veinte años Jorge Enrique Molina, fuera el mismo que tuvo la primera universidad estatal en los albores de nuestra Repú-

blica. Al contrario, fue algo premeditado, algo inspirado en el pensamiento educativo de Simón Bolívar y de Francisco de Paula Santander, en particular de este último, como que la historia patria lo considera el Fundador de la Educación en Colombia, calificativo que le asignara acertadamente don Salvador Camacho Roldán.

Adentrémonos un poco más en los orígenes de la universidad republicana para poder entender el propósito de los fundadores de la actual Universidad Central. Recordemos que al consolidarse la Independencia, nuestros libertadores hubieron de dedicarse a la construcción de la República, partiendo prácticamente de la nada. En cuestiones educativas, la herencia dejada por los españoles era de pobreza absoluta. De ahí que Santander, comprendiendo con aquilina penetración -como lo afirmara Guillermo Hernández de Alba-, que la educación pública constituye el basamento inmovible del Estado democrático, se dio a la tarea de construirlo sobre esas bases. «El triunfo sobre la ignorancia -decía nuestro Hombre de las Leyes- es muy brillante y glorioso y prepara la felicidad de los pueblos, que cuanto más ilustrados conservan mejor sus derechos y se hacen más dignos de su libertad».

Nunca discutimos con Jorge Enrique a quién debíamos más en cuestiones educativas: ¿a Bolívar, o a Santander? El, de seguro, se hubiera puesto de parte de Bolívar. Releyendo sus oraciones académicas puede concluirse que era santanderista y bolivarista a la vez, sin duda más éste que aquéllo, no obstante ser también jurisconsulto, al igual que el general cucuteño. Su preferencia por Bolívar era manifiesta, sin llegar al culto desmedido, a la mitificación del héroe, postura ésta bien estudiada y criticada por el venezolano Germán Carretera Damas. En 1989, en su trabajo de ingreso a la Sociedad Bolivariana de Colombia en calidad de Socio Correspondiente, y que tituló «Bolívar y la Universidad», anotaba: «Es necesario que el espíritu de Bolívar vuelva de nuevo a la universidad, convertida hoy en arena de banderas políticas y deje oír su lección siempre vigente de acatamiento a las autoridades legítimamente consti-

**"La  
Universidad  
Central nació  
en circunstancias  
en que  
eran posibles  
todas las  
aventuras,  
todos los  
éxitos y,  
también, todos  
los fracasos".**

tuidas, de respeto a la ley, de consagración al estudio y de acendrado amor a la patria, cuya dignidad y grandeza reclaman del estudiante una sólida preparación en consonancia con los requerimientos modernos».

Yo siempre he creído que la posteridad le debe más gratitud a Santander que a Bolívar en cuestiones educativas. Como cité atrás, para el general y jurisperito la educación pública constituía el cimiento sólido del Estado democrático. Con el decreto firmado por él sobre instrucción pública el 6 de octubre de 1820, consolidaba la revolución política e iniciaba la revolución educativa. A cargo del Estado fundó escuelas en Mariquita, Honda, Ocaña, Valledupar; colegios en Ibagué (el San Simón), en Tunja, en Cali (el Santa Librada), en Pamplona, en San Gil, en Vélez, en el Socorro, en Cartagena; por último, universidades en Caracas, en Quito, en Santafé de Bogotá... Con esta presencia del Estado en el campo educativo, ponía fin al elitismo con que habían manejado la educación las autoridades peninsulares. Se abrían así las puertas a los individuos de las distintas clases sociales, es decir, se comenzaba a educar con criterio democrático. Es que los forjadores de nuestra nacionalidad sabían bien que al amparo de la educación habrían de formarse los ciudadanos que ejercerían liderazgo en las distintas actividades, que serían la punta de lanza del desarrollo y de la verdadera independencia del país.

También, por eso, a instancias del general Santander, el Congreso Nacional expide el 18 de marzo de 1826 las normas que irían a dar origen a la universidad pública colombiana. Decía entonces el Secretario del Interior, don José Manuel Restrepo: «El Gobierno juzga que la ilustración es el más firme apoyo del sistema republicano que hemos adoptado, y desea con ansia que el Congreso le dé el impulso vigoroso que necesita, decretando un plan sabio de estudios y la reforma de nuestros colegios y universidades». En virtud de la respectiva ley, ese sabio plan de estudios para la educación superior se ceñía, es cierto, a las pobres circunstancias y condiciones del país, pero poseía miras elevadas, ingredientes de verdad revolucionarios. La reforma era de corte liberal, despojada de criterios escolásticos, como que daba autonomía a la comunidad para elegir las directivas académicas, como que brindaba a éstas la posibilidad de establecer la cátedra libre. Además de las carreras tradicionales, es decir, Literatura y Bellas Artes, Medici-

na, Jurisprudencia, Teología, Filosofía y Ciencias Naturales, se crearon cátedras importantes, como la Economía Política. Comienza, asimismo, a desmontarse el monopolio que sobre la educación tenía la Iglesia, determinación aupada por la masonería, tan influyente en aquella época. En el artículo 131 del decreto del 3 de octubre de 1826, llamado por algún historiador «el código de la instrucción pública», se ocupa Santander también del mecanismo para asegurar el suministro de libros y para buscar financiación para el mantenimiento de la universidad. Como puede verse, nada quedaba olvidado.

Bajo estos augurios, en la Iglesia de San Carlos, actual de San Ignacio, nace la Universidad Central el 25 de diciembre de 1826. Su vida no traspasó los cinco lustros, pues desapareció sepultada, en 1850, por la malhadada disposición de José Hilario López, que promulgaba la libertad de enseñanza y el ejercicio libre de las profesiones. Recordemos que tal decreto se mantuvo vigente durante diecisiete años, hasta cuando un grupo de notables intelectuales, encabezado por José María Samper, Ezequiel Rojas y Manuel Ancizar, entre otros, llevan al seno del Congreso de la República la inquietud de crear una universidad pública de carácter nacional. Así surge la Ley 66 del 22 de septiembre de 1867, que crea la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia, que, siguiendo el hilo histórico, no era más que el renacimiento o segunda etapa de la Universidad Central, dado que la animaba el mismo espíritu liberal de Santander.

Pese a que no fui testigo de la incubación de la idea que dio origen a la Universidad Central de hoy, la misma que echaron a volar Jorge Enrique Molina, Rubén Amaya Reyes y Alberto Gómez Moreno en 1966, estoy seguro de que ellos repasaron la historia que atrás he relatado muy sucintamente para acoger el nombre que le darían a la institución de educación superior que estaban dispuestos a fundar.

### El ideario de la nueva Universidad Central

Sobre esos presupuestos educativos, filosóficos y patrióticos, surge a la vida institucional. Sus fundadores, al igual que todos los que después los secundaron, retomaron el espíritu santanderista y bolivariano para hacer de él la enseña, el norte de la nueva Universidad Central, no obstante tratarse de una institución priva-

da. Jorge Enrique Molina fue, sin duda, el adalid, el intérprete de ese espíritu, engrandeciéndolo con el ideario americanista de José Martí y los preceptos educativos de don Andrés Bello. Lo que en los inicios de nuestra vida independiente era un anhelo centralista, es decir, trabajar en función del Estado colombiano, pasó a convertirse en un propósito más ambicioso, de alcance latinoamericano. Molina, imbuido por las ideas de José Martí, afirmaba que los países latinoamericanos serían más respetados cuanto más autónoma y creativa fuera su universidad. «Siempre -decía- nos ha preocupado en la Universidad Central, entender la esencia de nuestro país y la de nuestra patria continental». De Andrés Bello tomó el concepto de que las letras y las ciencias, la libertad y la ética, deben constituirse en los nortes de la educación. Por eso pregonaba con orgullo que «la cultura, el arte, las letras, la música, los deportes, en fin, el cultivo sincero de las humanidades en su más amplia expresión, como pilar fundamental de todas las carreras, ha sido nuestra mayor obsesión».

Molina Mariño conocía bien la universidad colombiana, pues vivió en función de ella. Hubiera sido muy cómodo para él haberse refugiado en su Universidad Central, haciendo abstracción de lo que ocurriera fuera de ella. De seguro lograría dirigir un instituto de educación grande, próspero, con muchas carreras y muchos alumnos, pero huérfano de mundo, de compromiso con el entorno. Su concepción de lo que es la verdadera universidad, fue lo que permitió colocar a la Universidad Central en el sitio de privilegio que hoy ocupa, y a su rector en los cuadros directivos de la universidad colombiana y latinoamericana. Su paso por la presidencia de la Asociación Colombiana de Universidades (ASCUN) y por la vicepresidencia de la Unión de Universidades de América Latina (UDUAL), puso de presente su clara visión del papel de la universidad, que para él no era otro que servir de sitio de trabajo de la inteligencia, para usufructo de la sociedad entera. «El conocimiento -son palabras suyas- no se concibe hoy sino al servicio de algo, y ese algo, en primer término, es la mejora de las condiciones de existencia del ser humano conjuntamente con su entorno». Y añadía: «Los conocimientos que adquiere y difunde la universidad, antes que obedecer a la organización de carreras y materias, deben estar orgánicamente impregnados por las necesidades del país. Debe ser un saber de las necesidades actuales». Para él, la universi-

dad, junto con todo el sistema educativo, debía ser la principal fuerza que ayudara a superar nuestras enfermedades sociales y políticas.

A nuestro personaje le preocupaba el desamparo en que se encontraba la universidad colombiana en relación con la legislación, más aún cuando para él la universidad era el baluarte de la soberanía nacional. En un sesudo estudio de Derecho Comparado presentado al «Simposio permanente sobre la Universidad», organizado por ASCUN en 1985, planteó las bases de una reforma jurídica, constitucional, de la educación superior en Colombia. Quería que se protocolizaran normas que garantizaran -son palabras suyas- «que las universidades dispongan de medios suficientes para cumplir su importante función pública y a la vez se otorguen a la universidad privada estímulos suficientes para que coadyuven en la modernización académica y científica...», preocupación ésta que había tenido ya en 1971 el entonces ministro de Educación Luis Carlos Galán. Molina Mariño propuso la reforma del artículo 41 de la Constitución Nacional vigente en la época. En su exposición de motivos decía: «Sorprende que ya en los umbrales del siglo XXI nuestra Carta Fundamental no se haya actualizado, en el sentido de imprimir entidad constitucional a todo cuanto atañe con la universidad, en aspectos tan importantes como la autonomía, la libertad de cátedra, la investigación científica y tecnológica, los estímulos tributarios y pecuniarios, todo lo cual contribuye a modelar una universidad moderna, científica e investigativa». En la reforma de 1991, estas inquietudes de Jorge Enrique tuvieron cabida en nuestra Carta Política.

Con una concepción tal de la universidad, Molina y su obra tenían que ocupar un lugar de preferencia en nuestro mundo académico. Fue fiel a su ideario; por eso batalló incansablemente. No puede decirse que todos los esfuerzos estuvieran encaminados a favorecer a su universidad, la Central. Al contrario, repasando las muchas páginas que nos legó y habiendo estado cerca de su periplo académico, hay que aceptar -como ya vimos- que su interés y su desvelo eran por la universidad como un solo ente, como un conjunto de instituciones al servicio de una misma causa: el bienestar del hombre, del colombiano en primer término y, luego, del latinoamericano. Jorge Enrique no desligaba al hombre de otras latitudes de los beneficios que pudiera derivar

de la inteligencia universitaria de cualquier parte. Estaba de acuerdo con el pensador mexicano Alfonso Reyes quien afirmaba que, por su nombre, por su definición y por su oficio, la universidad es algo universal, mas no extranjero, como que la ciencia no puede tener patria.

Si fue latinoamericanista de convicción, así mismo fue colombianista, pero devoto, apasionado. Alguna vez escribió: «Colombia preside cada meditación y nos induce, su porvenir, a nuevos esfuerzos en busca de una excelencia académica con vocación latinoamericana y espíritu pluralista». En otro discurso suyo se lee: «Las nuevas generaciones se encuentran situadas frente al tremendo desafío del desarrollo del país. Necesitamos, por lo tanto, preparar la legión de técnicos capaces de sacarnos del subdesarrollo y colocarnos en el lugar de vanguardia que su geografía, sus riquezas naturales y su destino histórico le tienen reservado a nuestro país». ¿Verdad que sus palabras recuerdan al general Santander, el fundador de la Educación Pública en Colombia, o a su seguidor, el presidente Alfonso López Pumarejo? Del pensamiento del primero ya me ocupé. López, por su parte, también veía a la universidad como el mejor instrumento para alcanzar el progreso nacional. Desde su visión pragmática, la universidad debía ser más una escuela de trabajo que una academia de ciencias. Para ello debía ponerse a tono con la época en el manejo de recursos e instrumentos. Superada la etapa de subdesarrollo económico, había de venir la correspondiente al cultivo de las mentes para estimular la actividad creadora que, en últimas, es la que otorga dignidad a la universidad e independencia y personalidad a las naciones.

«Nuestro punto de mira -confesaba Molina- es el hombre colombiano. Y con él sus condiciones de existencia». Debía ser grande su satisfacción cuando declaraba sin ambages que era bien conocida en los ámbitos de la cultura nacional y en algunos de la extranjera, la tarea cumplida por la Universidad Central, encaminada a la búsqueda de una patria cultural donde -son sus palabras- «nos sintamos cómodos, auténticos y enriquecidos, produciendo y asimilando todos aquellos buenos valores que nos sirvan para elevar y dignificar nuestra dimensión histórica». «Los fundadores -añadía- nos propusimos, desde el inicio, que estas aulas dieran respuesta a las inquietudes más modernas y actuales de la demanda de enseñanza superior de nuestros jóvenes compatriotas».

**«Las nuevas generaciones se encuentran situadas frente al tremendo desafío del desarrollo del país. Necesitamos, por lo tanto, preparar la legión de técnicos capaces de sacarnos del subdesarrollo y colocarnos en el lugar de vanguardia que su geografía, sus riquezas naturales y su destino histórico le tienen reservado a nuestro país».**

El humanismo, como elemento o sustrato formativo de las promociones universitarias, era otra de las grandes preocupaciones del rector Molina. El entendía el humanismo como el cultivo del espíritu y también como el respeto y la solidaridad con «el otro», nuestro congénere. En el homenaje que se le rindiera a Gabriel Anzola Gómez expresaba que la «universidad tiene comprendido que el centro de la docencia actual tiene que impartirse desde una muy clara concepción humanística. Es un deber de la época, y más aún de los latinoamericanos que esperan una formación nueva y distinta de los hombres, una aceptación más justa y equilibrada de la existencia».

Múltiples actividades culturales, como expresión humanística, encontraron en la Universidad Central un terreno abonado. El educador Molina abrió los surcos para sembrar en ellos semillas variopintas. Lo más granado del mundo intelectual latinoamericano y colombiano tuvo tribuna libre en el claustro centralista. El profuso acervo bibliográfico, en particular su magnífica y perseverante publicación, *Hojas Universitarias*, ha servido de vehículo difusor de las bellas letras y del pensamiento contemporáneo. El deporte, el teatro, la música, también formaron parte del quehacer universitario. Puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que Jorge Enrique Molina logró hacer de su Universidad Central uno de los centros de educación superior más inquieto y pródigo en asuntos humanísticos, de todos cuantos funcionan en el país. A esa preocupación humanística no podía faltarle el ingrediente ético, que es un complemento indispensable. Debo citar el pensamiento de Jorge Enrique para avalar mi afirmación. Oigámoslo: «Sería inútil graduar hombres ilustres, llenos de conocimientos, presuntamente sensibles a las maravillas del arte, si no fueran ellos baluartes de una ética ciudadana fundada y transmitida todos los días desde las aulas de nuestra casa centralista. Queremos un país inteligente, noble y grande, pero sobre todo ético, cuyas normas de vida jamás burlen los límites de la armonía ciudadana, de la honradez espiritual de cada individuo en sus deberes para con su sociedad; por eso hemos sido vigilantes ineludibles de la rectitud moral en nuestros actos internos y externos».

Releyendo sus escritos encuentra uno que Molina era un incansable buscador de posibilidades para la universidad. La paz, los derechos humanos, la democracia, tam-

bién palpitan en su ideario universitario. Como bien dijera de él Jaime Posada, su personalidad y su vida se desarrollaron dentro de un marco de talento creativo, de capacidad congregadora, de fervor por las cosas de la cultura, de perseverancia en la búsqueda del ideal universitario». Si tomamos como paradigma de universidad contemporánea la que cumple los objetivos expuestos por el dominicano Eduardo Latorre, tendremos que convenir que Jorge Enrique Molina y su grupo directivo encauzaron provechosamente a la Universidad Central a ese tipo de institución. Son seis los aspectos dignos de tenerse en cuenta: ser depositaria y difusora de la cultura y los valores humanos; ser forjadora de los recursos científicos, profesionales y técnicos que necesita la sociedad; ser creadora de nuevos conocimientos mediante la investigación; ser conciencia crítica de la sociedad; finalmente, ser asistente directa de la sociedad, mediante servicios especializados.

## Epílogo

Contaba Jorge Enrique en alguna ocasión que los años vividos al lado -o mejor, dentro- de la Universidad Central, habían en él acrecentado el entusiasmo por vivir, por compartir cosas grandes y pequeñas, para sentir el paso del tiempo como debe ser: pleno de significado y contenido. Y agregaba: «No del tiempo aquel como instrumentos sin música o venas sin amor, sino el que sabe que las horas contadas de los hombres son para dejar un legado descifrable». En el homenaje que se le rindiera en 1988, confesaba que no aspiraba a más laurel ni a más hazaña -parodiando a José Zorrilla- que recibir una sonrisa de su dulce Colombia y contar con la deferencia de la universidad colombiana y la rica cordialidad centralista.

Pues bien, Jorge Enrique Molina Mariño, fue un afortunado, un mimado de los dioses, pues sus deseos se cumplieron con creces: el tiempo pasó para él pleno de significado y contenido, como que dejó un valioso legado descifrable; Colombia le sonrió agradecida, la universidad colombiana lo respetó y admiró, y la cordialidad centralista le será siempre fiel a su memoria.

● *Hojas Universitarias*.....